

Precio 10 cts.

Reproducción

Tomo IV, No. 67.—12 de Agosto de 1921

Director:

Elias Jiménez Rojas

San José, Costa Rica.

Apartado 230

SUMARIO

1. *La guerra es un mal*
2. *Páginas de Juan Ramón Uriarte*
3. *Las multitudes*
4. *¿Jesuita?*
5. *Miscelánea*

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Venta por menor: LIBRERÍA TORMO,
Avenida Central, frente al Banco Mercantil.

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques ♦ Recibos

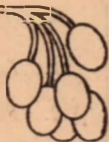
Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.

Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.



REPRODUCCION

Tomo IV.—No. 67.—12 de Agosto de 1921

La guerra es un mal, casi el extremo del mal.
El aumento del valor de la vida individual,
es la civilización.

Los móviles del soldado

Por T. H. Procter ⁽¹⁾

Ofrecemos a nuestros lectores en este artículo quizá el primer ensayo analítico hecho hasta ahora sobre los móviles humanos que impulsaron al pueblo inglés a alistarse en el ejército, y sobre las causas morales que mantuvieron firme al soldado en el transcurso de la guerra. El estudio que hace el Autor, de estos móviles y causas, aunque penetra hasta el fondo de la naturaleza humana y se eleva hasta los más altos ideales del hombre, está escrito en un lenguaje sencillo, sazonado con modismos ingleses y frases de la guerra, que hemos tratado de verter al español con exactitud. Tiene la intensidad de las cosas vividas. Bien podría conceptuarse como un «documento humano», por demás interesante. Termina con una investigación de los efectos de la guerra sobre la masa humana, y nos descubre con un poderoso realismo, con la frialdad del cirujano que hunde la cuchilla en la carne putrefacta, las profundas cicatrices morales que en el alma del soldado al regresar a la vida civil, dejaron el embrutecimiento y la retrogradación espiritual inculcados por el odio y la disciplina militar a los reclutas civilizados que la sociedad moderna envió a la matanza.—LA REDACCION DE «INTER-AMERICA».

La apreciación de los móviles es proverbialmente difícil, pues el resul-

(1) T. H. Procter, profesor de filosofía, nacido en Liverpool en 1885; sirvió, en calidad de capellán, en el ejército inglés que fué a Palestina, durante la última guerra.

tado es a menudo una revelación que experimenta el observador; y, cuando el movido es el soldado inglés, la dificultad sube de punto, puesto que forma parte de su código el no poner jamás en exhibición sus más profundos sentimientos.

Para demostrar cuán poca fe puede tenerse en lo que nos dice el mismo soldado acerca de sus móviles, voy a relatar el caso de uno de mis parientes: un chico que me aseguró con mucha seriedad y con todas las apariencias de ser sincero, que él no quería alistarse, pero que se veía obligado a hacerlo porque no podía verles la cara a sus compañeros de oficina. Sin embargo, al verse rechazado del ejército por un defecto de la vista, siguió ensayando en varios puestos de reclutamiento hasta que logró aprenderse de memoria las letras del cartel, y fué aceptado después de la quinta tentativa. Si el móvil que él me había confesado hubiera sido el verdadero, bien habría podido regresar a su oficina después del primer rechazo.

En el análisis de los móviles es muy fácil pasar por alto los más re-

cónditos; y, por otra parte, acerca del patriotismo se han escrito muchas tonterías. El punto de vista sentimental, según el cual todo el que se alistó era un acendrado patriota, no es verdad. Este artículo es un ensayo, fundado en mi experiencia en el ejército británico, para apreciar el papel que representó cada factor en el complicado asunto de los móviles. En él me propongo responder adecuadamente a estas tres preguntas:

1. ¿Qué fué lo que indujo a los hombres a alistarse?

2. ¿Qué los sostuvo durante la larga guerra?

3. ¿Cuál es el efecto de la guerra sobre el soldado?

La respuesta a la primera de estas preguntas contiene un juicio acerca de la naturaleza humana del vulgo en la actual sociedad civil. El caso de Inglaterra ofrece extraordinario interés, pues que es la única de las naciones beligerantes que se presta al estudio de los móviles. Recordemos que Inglaterra, antes de la guerra, era una democracia liberal del tipo no militar. Es cierto que teníamos un pequeño ejér-

cito profesional; pero este se componía en su mayor parte, de aventureros y de incompetentes en las industrias. La masa del pueblo estaba poco interesada en el ejército. Teníamos también una fuerza territorial más cercana al pueblo, pero que se reclutaba solamente para la defensa nacional, y era tal la fe que teníamos en nuestra marina, que casi no nos inquietaba el temor de una invasión. La idea de la guerra era ajena a nuestras vidas. El hecho de que, durante dos años, no recurriéramos al reclutamiento forzoso, nos permite estudiar las reacciones que produjo la emergencia, en las distintas clases de individuos, y sobre este estudio basar un juicio acerca de los efectos de la civilización moderna.

Una vez que el recluta se ha enganchado, entra en una nueva vida y queda sujeto a nuevas influencias. El impulso original a menudo desaparece, o lo suplantán móviles nuevos. Como la guerra se prolongaba meses tras meses, requería cada vez mayor resistencia. ¿Qué sostenía al soldado? Esto nos lleva al estudio de la moral del ejército.

Y ahora, después de toda esta sorprendente experiencia y cuando el soldado ha vuelto a la vida civil, ¿cuáles son los cambios que ha sufrido? Considerada desde este punto de vista, ¿es buena o mala la guerra? Esta pregunta quizá no corresponde al título de este artículo, pero interesa a todo el mundo.

I

¿Por qué se alistó la gente?

Ensayemos primero una clasificación de los móviles principales que impulsaron a los que respondieron al llamado de la patria, los cuales, desde luego, fueron impelidos por todos los móviles concebibles, desde el más alto patriotismo hasta el deseo de escapar del lado de una mujer regañona, pero examinaremos sólo los más importantes, clasificándolos en tres grupos.

Veamos primero los *impulsos «submorales»*. En estos incluimos a los de los hombres que se alistaron por móviles que nada tienen que hacer con la cuestión de lo justo o lo injusto, ni tampoco con causa alguna imperativa,

ni que se encuentre fuera del individuo mismo. Son los que obedecieron a simples impulsos, sin importárseles las causas legítimas de la guerra, el patriotismo abstracto o el deber del individuo para con el Estado. Alistáronse porque tal era su deseo.

El primero de estos impulsos es el de pelear, por el puro amor de pelear. Todavía existen hombres que han nacido pendencieros, dotados del mismo temperamento que el padre de aquella chiquilla que se acercó corriendo a una multitud reunida en una calle, preguntando anhelosa: «¿Es que van a pelear? Porque si es así, mi papá, de seguro, querrá meterse en el pleito.» Ya cercano el fin de la guerra, todavía encontrábase uno ocasionalmente con un sujeto, por lo común joven, que, a pesar de todos los padecimientos sufridos, y quizás a pesar de un par de heridas, experimentaba verdadero placer en los combates.

Luégo tenemos el elemento romántico, en el cual incluimos el amor por las aventuras (distinto de la pura afición a pelear); el deseo de alejarse de un lugar aburrido; de viajar por tie-

rras extranjeras; de vivir al aire libre; de llevar un uniforme y marchar al son de la charanga. Los hombres de esta clase no consideraron la guerra sino como una oportunidad para romper las cadenas que los ataban a la vida consuetudinaria y vulgar. La guerra significaba para ellos a lo menos un cambio.

A otros los impulsó el odio al enemigo, que en aquella época era sólo antipatía de raza, que nada tenía que hacer con esta guerra en particular. Este odio primitivo, hay que distinguirlo del odio más complejo que sobrevino luégo como resultado del relato de las atrocidades cometidas por el enemigo. Ese odio primitivo fué tan ciego y tan amoral como el odio en las reyertas entre tribus.

Por último, en este grupo debemos poner a todos los que se alistaron bajo la influencia de la excitación de las masas, por un fenómeno de psicología de las multitudes. Estos no obedecieron a un motivo consciente. Todo el mundo se alistaba, y ellos se dejaban llevar de la corriente.

Veamos ahora la segunda clase de

los móviles, de mayor importancia, los *móviles morales*, los casos en que la acción tuvo su origen en uno u otro concepto del «deber». En este caso el factor dominante es el concepto de que el individuo está subordinado a una realidad más grande, y este concepto es el que determina la acción.

Creo que estos individuos forman una clase distinta y bien determinada, que representa un desarrollo más complejo. Sus móviles fueron conscientes e intelectuales; su acción fué deliberada. Hablando en general, la separación entre el deber y la inclinación estaba bien demarcada en ellos para dejar satisfecho al más riguroso kantiano. Estos no deseaban alistarse; no los urgía impulso alguno primitivo. No amaban la guerra, no los atraía la fascinación de las batallas, y en muchos casos estaban bien dispuestos para con los alemanes y encontrábanse harto acostumbrados a pensar con independencia para someterse con facilidad al influjo de la multitud.

Podemos dividirlos en dos subclases: los que creían que la guerra era justa, y los que la creían injusta.

Los primeros pueden clasificarse según el fundamento de sus creencias. Los más simples creían que todo lo que hiciera Inglaterra era justo porque lo hacía Inglaterra. En seguida vienen los que creían la guerra justificada porque en ella estaban envueltos los intereses de Inglaterra, incluyendo en éstos a los hombres agresivos que vieron en la guerra la ocasión de destruir una rival comercial o de apoderarse de las colonias alemanas, y a los defensivos movidos por el temor de que Alemania adquiriera demasiado poder o por el peligro de la ocupación de la costa francesa por el enemigo.

Luégo vienen los móviles altruistas: la justificación de la guerra porque nada deseábamos para nosotros, sino que peleábamos para salvar a Francia y restaurar a Bélgica, o, más abstractamente, para vindicar la santidad de los tratados.

Finalmente, tenemos el móvil del puro humanitarismo, el de quienes creyeron que el objeto de esta guerra era concluir con la guerra para siempre; y se alistaron para combatir al diablo

con sus mismas armas. No les importaba tanto obtener una victoria nacional, ni aun la restauración de Bélgica, como salvar a toda la humanidad, inclusive los alemanes, del azote del militarismo.

Había muchos otros que no creían en la justicia de la guerra. El pacifismo estaba mucho más difundido en Inglaterra, antes de la guerra, de lo que podría indicar el número de los que se oponían por escrúpulos de conciencia. Por supuesto que mucho de ese pacifismo era de una clase algo despreciable, que sucumbió, aunque rebeldemente, a las primeras medidas de coacción. Mas esto no es todo. Uno de los fenómenos más extraordinarios de la guerra es el enorme número de pacifistas conscientes que, conservando hasta el fin su reprobación de la guerra, se alistaron, no por la fuerza, sino por impulsos que podrían propiamente llamarse morales.

Dos fueron tales móviles: uno, la convicción de que todo hombre debía entrar en la hermandad del sufrimiento. Tales individuos no podían soportar la idea de ver al mundo en agonía

y permanecer apartados del dolor común. Podría expresarse eso así: «Aunque la guerra es injusta, yo debo padecer también, puesto que todos los demás padecen.» Este es el menos exaltado de los dos móviles que determinaron a los pacifistas a prescindir de su filosofía. Es muy cierto que parece algo innoble quedarse a un lado en una calamidad universal, pero, con el concepto que ellos tenían de la guerra, podían participar en el dolor del mundo, o sometiéndose a las penalidades físicas del soldado, o bien oponiéndose de un modo activo a la guerra y soportando las penalidades no menos intensas que hubieron de sobrellevar los remisos por conciencia, que se negaron a servir en la guerra por ser fieles a sus principios. No podemos menos de creer que el último partido habría sido el más lógico para ellos, y probablemente el más difícil.

Los otros se alistaron porque no creyeron tener derecho a ser pacifistas en tiempo de guerra. En teoría, estaban convencidos de que la guerra es un error, pero nunca se habían

opuesto activamente a ella. Su decisión se fundó en que: «Con el mal debe acabarse por medios morales o físicos. Esta guerra se nos ha venido encima porque los hombres todos no hemos combatido activamente el mal con armas morales, y, puesto que yo también tengo mi parte de culpa, debo, por lo tanto, sufrir las consecuencias.»

Veamos ahora la clase numéricamente tercera: la de aquellos que se alistaron porque una causa exterior los obligó a ello. Esta coerción se ejerció primero, por influencias sociales, y luego, por el reclutamiento forzoso, y abarcó a los que no se sentían inclinados a alistarse y a aquellos cuyos móviles morales no eran bastante fuertes para sobreponerse a los móviles contrarios.

La compulsión social fué una fuerza tan grande como el reclutamiento forzoso. En el segundo año de la guerra alcanzó extraordinaria intensidad. Las mujeres iban por todas partes pegando plumas blancas a los hombres de edad militar que no llevaban uniforme. Los patrones despedían a los

obreros que no se alistaban. La sociedad los proscribía. Los oradores, los periodistas y los autores de carteles se confabularon para estigmatizarlos como cobardes y *slackers*¹, hasta que todos, excepto los más renuentes, entraron en el ejército. En parte se debió esto a los soldados, pues uno de los primeros efectos que produce el uniforme en el alma del que lo lleva, es un deseo violento e irracional de ver a todo el mundo vestido de *khaki*. Los padres que habían perdido un hijo eran los más vehementes, como es natural. Los hombres más viejos, las mujeres y los exentos del servicio ansiaban muy humanamente que todos los demás fueran a defender la patria. Fué un método brutal, cruel, algunas veces hasta vergonzoso, de compulsión. Debido a eso, resultó difícil retener a los hombres absolutamente indispensables para el servicio civil. Sin embargo, este método logró sus fines. Muchos hombres nos confesaron que ellos se habían enganchado como voluntarios porque eran cobardes.

(1) La palabra *slacker* designa en inglés al que obligado por la ley a prestar el servicio militar, lo elude, bien ocultándose, o bien con algún falso pretexto.—I. A.

Así como es completamente falso clasificar a todos los que se alistaron antes del reclutamiento forzoso como voluntarios y patriotas, así también debe reconocerse que muchos reclutados por la fuerza merecen el título de voluntarios. Fueron los que rehusaron alistarse como voluntarios porque creían que el reclutamiento forzoso era el único método justo de levantar un ejército. Estos realmente deseaban ir a combatir, pero no lo hacían mientras la ley permitiera que se escaparan los *slackers*.

En el grupo numeroso de los rehacios podemos distinguir varios tipos. Unos eran patriotas, pero de un patriotismo débil, que necesitaban la ayuda de la opinión pública para actuar. Otros carecían de imaginación y necesitaban que alguien les pintara el aspecto personal de la situación y que les dijera: «Tú eres el hombre». Y otros que tenían patriotismo, pero no bastante para sobreponerlo a sus deberes y responsabilidades particulares. A todos podríamos llamarlos medio patriotas. Luégo tenemos a los que eran tímidos por temperamento y se

apocaban ante los peligros de la guerra; los estetas, que odiaban los horrores de la matanza; los medio pacifistas, que intelectualmente eran opuestos a la guerra, pero que no estaban dispuestos a sufrir por sus principios; y, finalmente, los que eran completamente insensibles y egoístas.

En ninguno de estos casos, exceptuando a los medio pacifistas, se tomaba en cuenta para nada que la guerra fuera o no justa. Todos la aceptaban, pero no tenían ni la inclinación ni un móvil bastante poderoso que los impulsara. La compulsión llenó el vacío que produjo la falta de comprensión de lo que era cumplimiento del deber. La causa decisiva en esta cuestión era sencillamente el miedo, un miedo tal que sobrepujaba a todos los demás temores.

Creemos que bien podría ser posible hacer una apreciación objetiva del papel que representó cada uno de estos móviles, con toda la exactitud que puede conseguirse en asuntos de esta índole. La guerra pasó por etapas bastante bien definidas, y en cada una de ellas era un móvil distinto el que

predominaba; tal como si al pueblo inglés lo hubieran hecho pasar por una serie de tamices de varios tamaños para distribuirlo en clases. Según el orden de tiempo, la gente se alistó casi en el mismo orden en que hemos enumerado los diferentes móviles. Los impulsos submorales dieron resultado más rápido; luégo las opiniones morales; y finalmente el miedo.

Los que procedieron impelidos por el simple amor de pelear, por la fascinación romántica o por el odio primitivo fueron pocos. Toda la educación, la influencia del comercio, la religión, el arte y la moralidad, tienden a aniquilar los más simples de estos móviles. Estas mismas fuerzas acrecientan la resistencia contra la excitación de las masas. Suele deplorarse este hecho, pero no creemos que haya motivo de alarma, pues no es de suponerse que aquellos individuos fueran los mejores soldados. Sus móviles no perduraron mucho en la tensión de la guerra moderna. El pendenciero pronto estuvo harto y al aventurero romántico lo desilusionó a poco la realidad. La teoría alemana

de mantener artificialmente viva la sed de sangre por medio de los duelos entre los estudiantes, y la equivalente inglesa de alentar la forma más brutal del pugilato, son ambas fundamentalmente erróneas, puesto que son positivamente perjudiciales para el ciudadano en tiempo de paz y de poco valor en la guerra, cuando ésta no es violenta y de corta duración. Por supuesto, esto no quiere decir que abogemos por una preparación alfeñicada. El endurecimiento físico que le permite al hombre darse baños de agua fría, soportar el hambre y la fatiga, divertirse en los deportes, luchar contra la naturaleza y vencerla, es bueno y puede coexistir con el más alto idealismo y con un gran refinamiento. Pero esto es completamente distinto del embrutecimiento artificial y deliberado que predicán algunos individuos del tipo germánico, que antes de la guerra se deleitaban en el derramamiento de sangre o que prescindían en la mesa de los modales decentes por temor de que la civilización los hiciera demasiado refinados para los propósitos de la guerra.

El móvil que menos efecto produjo fué el de la variedad egoísta, del propio interés, el del espíritu patriotero de los que se decían: «Con razón o sin ella, pero era mi país que estaba en peligro de muerte». Si la razón de ser de la guerra se le hubiera presentado con franqueza a la nación como ventajosa únicamente para Inglaterra, no habrían sido muchos los voluntarios. La gente de sana moral no habría combatido para destruir una rival comercial o anexarse las colonias alemanas del Africa oriental. Aun en la misma Alemania, con su tradición de militarismo y su costumbre del servicio obligatorio, la guerra hubo que pintársela al pueblo como una guerra por la *Kultur* y por el bien de toda la humanidad. Al pueblo de Inglaterra no se le había enseñado nunca que la moralidad tenía su principio y su fin en el imperio británico. Por lo tanto no hizo mucho ruido el patriotismo que no buscaba sus motivos más allá del bien del imperio. Antes, al contrario, nos deleitaba pensar que íbamos a perderlo todo y a no ganar nada. Esto no era hipocresía, a pesar

de que ahora, que ha terminado la guerra, estemos dispuestos a aceptar cualesquiera responsabilidades sobre los territorios que nos confíe el mundo. Repetimos que en aquellos días el patriotismo egoísta del propio interés influyó muy poco en nuestra conducta. Mas, si la «guerra en defensa propia» la clasificamos como variedad del patriotismo interesado, sería menester hacer una distinción en este juicio, pues, según nuestro entender, la «defensa» en este caso es simplemente el miedo de que nos mate el enemigo, y sería difícil considerarla como un móvil moral, a menos que fuera la defensa de algo así como la *Kultur* o la *libertad*, en cuyo caso quedaría justificada por su importancia para el mundo entero; pero entonces ya no sería precisamente el «propio interés».

Mucho más importantes fueron los móviles altruistas y caballerescos. Aunque Alemania no hubiera invadido a Bélgica, nosotros habríamos entrado en la guerra como medida política, pero se habrían suscitado muchas diferencias en la opinión nacional. Casi toda la gente de recto sentido moral se ha-

bría opuesto. Admirable fué la prontitud con que desapareció la fuerte oposición de los primeros días de la guerra al llegar los alemanes a la frontera de Bélgica. Esto nos parece una prueba de que, sobre quienes no habían sido arrastrados por consideraciones morales, fueron más bien los aspectos altruistas, y no los egoístas los que influyeron. La gente de sana moral no habría peleado gustosa por los intereses de Inglaterra, pero respondió inmediatamente al llamado de Bélgica.

El humanitarismo más abstracto y amplio, expresado en el grito de combate, «La guerra para acabar con la guerra,» tuvo menos importancia como un móvil de por sí; pero fué, sin embargo, una ayuda poderosa para los otros móviles, pues presentaba la guerra como algo fecundo; a pesar de los sacrificios que costaba, valía la pena hacerla con tal de que nuestros hijos pudieran salvarse de un horror análogo.

Pero el grupo más numeroso, sin duda, es aquel en que el móvil determinante fué el miedo, El criterio moral en Inglaterra antes de la guerra

era extraordinariamente elevado, pero, por desgracia, fueron muy pocas las personas sobre quienes influyó ese criterio. No podemos dar datos exactos, pero nos parece que por los menos la mitad de todo el ejército británico se reclutó por la fuerza. A esto debemos añadir el ejército regular profesional y las fuerzas territoriales, a los cuales no se les ofrecía disyuntiva alguna, y el gran número de los que fueron empujados por la compulsión social. Debemos recordar que esta guerra no fué impopular; y que jamás en la historia ningún gobierno tuvo una opinión más unánime en su favor; pero, a pesar de la convicción general de que la guerra estaba justificada, faltó con mucho el patriotismo bastante fuerte para hacerles comprender a los hombres su deber personal. Sean cuales fueren las causas fundamentales de ello, el hecho es que a una gran mayoría de los ciudadanos de edad militar de la nación hubo que obligarlos a pelear.

(Continuará.)

(Ligeramente abreviado)

Modestia intelectual

Cuenta Flammarion, en uno de sus libros, que durante la regencia del duque de Orleans una dama de la corte, visitando el Observatorio, preguntó a M..., Secretario de la Academia de Ciencias:

—¿Qué significan esas fajas de Júpiter?

—No sé, señora.

—¿Y por qué? — tornó a interrogar, curiosa, la dama — sólo Saturno ostenta un anillo?

—Tampoco lo sé, señora — respondió sencillamente M...

Nerviosa la dama, exclamó con acento saturado de acritud:

—¿Entonces para qué sirve ser académico?

—Sirve, señora, para... responder *no sé* — contestó sonriendo el secretario.

Hé aquí una hermosa enseñanza que deben saber aprovechar los jóvenes.

Sólo la ignorancia pretendé saberlo y comprenderlo todo. Sólo la ignorancia encuentra soluciones completas,

perfectas, sencillas, claras, a los problemas humanos, por más impresionantes y complejos que sean.

Porque el hombre que estudia y medita, que piensa y ahonda, que observa e investiga, calla casi siempre o dice *no sé*.

El ignorante nunca sella sus labios con el honrado silencio de la sabiduría. Piensa que debe hablar, opinar, discutir de todo y sobre todo.

Al contrario, el pensador comprende y siente que sus fuerzas intelectuales tienen límites como las fuerzas físicas.

Por esta razón el sabio es modesto; el ignorante, vano. Y sabio es todo hombre que tiene talento propio, cultivado, fecundo, así como ignorante es toda mente refleja, archivesca, por mucha luz radiante que refleje y por muchos tesoros ajenos que almacene.

A la modestia intelectual, debe ir unida la sinceridad, la honradez del pensamiento: la duda.

No sé, sólo sé ésto, apenas de éso tengo esta idea, dudo, ignoro... Tal es el lenguaje del sabio.

Sé, ésto es así, éso no puede ser de

ese modo, no hay más que ésto... Tal el idioma exclusivista del ignorante, de las mentes librescas.

Sé modesto, sincero, honrado intelectualmente.

No afirmes ni niegues categóricamente, no rechaces ninguna idea por absurda que parezca a flor de examen.

Estudia, observa, investiga, medita, ahonda, y conserva tu espíritu en la zona fecunda de la duda. (1)

El honor

(Otra página de Juan Ramón Uriarte.)

El honor es la florescencia de la personalidad moral. Y así como en la

(1) He tomado este artículo del interesante librito *Fórjate*, de don Juan Ramón URIARTE; pero lo he recortado, según mi costumbre repetidas veces declarada, a fin de hacer desaparecer las tres siguientes afirmaciones extrañas:

1. «Pico de la Mirándola es el prototipo perfecto de la más perfecta ignorancia»

2. «El pensador comprende que el enciclopedismo es la negación de la inteligencia».

3. «Quiere decir, que a medida que más se ve, se mira menos bien; que a medida que más se sabe, SE COMPRENDE MENOS, NO SE SABE».

Y noto a última hora que tampoco estoy de acuerdo con el Autor en esto de llamar ignorante al que simplemente REFLEJA la luz ajena. No sé si haya de veras hombres que brillen con LUZ PROPIA. Yo me inclino ante quien irradie mucha luz, sin cuidarme de averiguar si se trata en el fondo, de un fenómeno de PRODUCCIÓN o de REFLEXIÓN.

E. J. R.

Naturaleza no se ha visto hasta ahora, ni se verá quizás, que una planta brinde el perfume de otra planta distinta, así el honor germina y florece según la esencia etical de que estén hechas las almas.

En la herencia, el atavismo, el hogar, el ambiente social, encontramos las raíces del honor humano.

Por autoeducación, por sugestión sostenida, podemos hacer que en nuestro sér espiritual se abra y arome nuestra vida esa flor que vive a luz de conciencia moral.

Cada úno es soberano de su honor. Nadie lo da, nadie lo puede quitar. Fuéra de nuestra voluntad, no existe poder alguno contra el verdadero honor.

La mayor parte de los conceptos mundanos sobre el honor, son, por tanto, falacias, prejuicios, absurdos, ideas muertas, idiotismos.



Las multitudes y los escogidos

II

El número de los tontos es infinito.

SALOMÓN (siglo XI antes J. C.)

Sabéis que no hay que atenerse a la opinión del mayor número, sino a la decisión de quien distingue lo justo de lo injusto

SÓCRATES (siglo V a. J. C.), según *Platón*.

Sócrates.—¿No dividís el pueblo en juiciosos y en locos?

Alcibiades.—Sí.

Sócrates.—¿No llamáis juiciosos al pequeño número y locos al mayor?

Alcibiades.—Sí.

PLATÓN (comienzos del siglo IV a. J. C.)

La muchedumbre prefiere el desorden de la licencia a la decencia de la sabiduría.

El número es el derecho opuesto a la calidad.

ARISTÓTELES (siglo IV antes de J. C.)

Deliberad con vuestros compatriotas, pero NO CONTÉIS LOS VOTOS SINO DESPUÉS DE HABERLOS PESADO. Estas palabras de Rousseau — siglo XVIII — son casi una simple traducción de otras de CICERÓN — siglo I antes J. C. — : Non enim numero hæc judicantur, sed pondere.

*
* *

Es preciso guardarse de dar crédito a las opiniones vulgares; es preciso juzgarlas por la vía de la razón, no por la vía común.

MONTAIGNE (siglo XVI).

Con razón exclamó el griego: «¿Pues qué tontera he hecho?» al oír a su derredor un salva de aplausos.

J. BACON (siglo XVI).

Cuando se trate de una cuestión difícil, lo creíble es que la verdad esté más bien de parte de la minoría.

DESCARTES (siglo XVII)

Si se da a todos el derecho de nombrar a todo el mundo, no serán la sabiduría y la autoridad, sino la turbulencia y la glotonería, quienes elevarán

al rango y a la dignidad de senador a los más viles degradados de nuestras ciudades y de nuestros campos.

¿Son buenos para legisladores de una nación entera, seres que no saben lo que es ley y razón, justo o injusto, oblicuo o recto, lícito o ilícito, y que piensan que todo poder consiste en el ultraje, toda dignidad en la insolencia, y descuidan todo por satisfacer la corrupción de sus amigos o la vivacidad de sus resentimientos?

MILTON (siglo XVII).

¿Por qué se acata a la mayoría? ¿A causa de la razón? No, porque la fuerza está de su lado.

PASCAL (siglo XVII).

No aventurar a veces grandes necedades, es ignorar el gusto del pueblo.

LA BRUYÈRE (siglo XVII).

Con justicia se dice a menudo que las razones no deben ser contadas, sino pesadas.

LEIBNIZ (siglo XVII)

En este tribunal se cuentan los vo-

tos. Pero se dice que la experiencia ha probado que sería preferible atenerse a la minoría; lo cual sería bastante natural, pues hay pocos espíritus justos, mientras todo el mundo conviene en que hay una infinidad de falsos.

MONTESQUIEU (comienzos del siglo XVIII).

Hay que razonar con los sabios y nunca con el público. Hace mucho tiempo que la multitud ha sido comparada a un rebaño de ovejas.

ROUSSEAU (en 1753).

«Debería ahora hablar de la democracia pura fundada en convenciones expresas, en reconocimiento de derechos particulares. Pero nada diré de ella ni de la democracia pura fundada en el derecho nacional o común. Callaré porque, no sólo estos dos estados de la sociedad no son casi más que entes de razón, más o menos imaginarios, sino también porque, no pudiendo existir sino en pueblos casi brutos,» etc., (Lo que sigue es... en defensa de la democracia).

DESTUTT DE TRACY (hacia fines del siglo XVIII).

Cuando un enfermo no tiene remedio, se hace una junta de médicos. Es justo que se guarden iguales atenciones a la sociedad.

El menor de los inconvenientes de las discusiones públicas sobre las cuestiones de gobierno, es que esparcen más dudas que luz.

LAMENNAIS (comienzos del siglo XIX).

Una larga y triste experiencia ha suficientemente demostrado que las asambleas nacionales no han sido nunca sino una arma contra el pueblo, una máquina de impuestos. La libertad ha sido constantemente comprometida por las instituciones que debían defenderla.

BON BOUVIER DU MOLART

La escuela escocesa es, pues, una protesta del buen juicio de la humanidad, contra las extravagancias de la nueva mayoría; porque no se es nunca mayoría impunemente.

COUSIN (1ª mitad del siglo XIX).

La democracia en el Gobierno es incapaz de prudencia: porque es por

naturaleza, violenta, guerrera y *ban-carrotera*.

ROYER-COLLARD (en 1831).

«El despotismo de todos conduce al despotismo de uno solo» (Bonald). Este resultado es inevitable. Desde el origen social, no ha habido siquiera la sombra de una excepción.

COLINS (1^a mitad del siglo XIX).

¿Jesuita?

...Entonces, si por instinto, estáis del lado de la libertad, se os dice: «¿Sois, pues, Jesuita?» y vosotros os decís: «Es sin embargo verdad que soy Jesuita. Y, no lo dudo». Y se os habrá hecho vacilar en vuestras convicciones liberales por la consideración de aquellos a quienes ellas aprovechan. Y sentís que no defendéis a «los Jesuitas» más que por respeto y amor al principio, pero estáis enfadados de que defender el principio no va ni puede ir por el momento más que a sostener a los Jesuitas. Y estáis en un estado

de espíritu muy doloroso y miserable. ¿Por qué? Porque no habéis sabido amar la libertad hasta practicarla y no habéis fundado una enseñanza libre, hecha a vuestra imagen y penetrada de vuestro espíritu. *Permaneced liberales aun cuando el liberalismo no aproveche más que a las gentes que no amáis: primero, porque el liberalismo consiste precisamente en respetar el derecho en los adversarios; en seguida, porque estas gentes que no amáis representan por el momento el principio que amáis; en fin, porque si dejáis prescribir el principio, precibirá el derecho «imprescriptible» y no renacerá jamás y no podréis jamás invocarlo ni practicarlo en vuestro provecho o a vuestro gusto.*

EMILIO FAGUET

Véase *Renovación*, 10 marzo de 1913.



Miscelánea

Una respuesta pública a una pregunta secreta

«No me mueve, mi Dios, para quererte»...

El caso de Ud., Señorita, no tiene nada de raro. Es una historia que no hay quizá quien no la conozca.

Ese amor sin motivos explicables, que se parece a la más pura amistad, por lo irrazonable y lo desinteresado; que no es afección de familia, ni apetito sexual, ni aprecio, ni gratitud, ni admiración; y que es, sin embargo, tan intenso, pues los goces que procura sólo son comparables a las tristezas que causa; ese amor, Señorita, lo llaman algunos fisiólogos AMOR PASIONAL propiamente dicho. En otras palabras, es un PADECIMIENTO, que es preciso sobrellevar bien.

Para sobrellevarlo (o sufrirlo), no conozco más que un remedio: escribir con grandes letras en la pared — o en

la mente —: «ESTE AMOR, O SE TRANSFORMA, O SE VA CUAL VINO — SIN SABER YO CÓMO NI POR QUÈ —.»

En su forma primera, no puede permanecer. Con esta convicción, no hay más sino esperar «que a una flor siga otra flor», según decía Juan de Dios Peza.

*
* *

El fin que se proponen los nuevos doctrinarios es asegurar el triunfo definitivo del proletariado. Pero ¿qué es el proletariado? ¿Dónde comienza y dónde acaba? «Díganlo, si pueden; y si no pueden, declárense culpables de sinrazón o de falsedad». ¿Es proletario el que no tiene bienes inscritos en los registros de propiedad? ¿De modo que la inscripción da la medida de los valores! ¡El oro escondido, la salud, el saber, la belleza, no son valores! ¡Y con un criterio tan ruin y deleznable se pretende arreglar el mundo!

*
* *

«Pero dejar la enseñanza del país a la iniciativa privada y colectiva, es

dejarla al clero católico, es dejarla a los Jesuitas y a los Religiosos». Yo contesto: «Y a los protestantes y a los frac-masones y a los judíos. Es dejarla a todo el mundo, a todos los que quieran enseñar y que tiendan a enseñar, es decir, que tengan convicciones profundas y un ardor de apostolado, y es probable que esto último sea preciso para enseñar con vigor y con fruto».

—Pero aun será preciso organizarse, asociarse: la enseñanza estará siempre en manos de las asociaciones católicas, protestantes, judías, masónicas, etc.

—Evidentemente, estará siempre en manos de las asociaciones docentes. ¿Y bien? ¡asociaos! ¿Vosotros no sois ni católicos. ni protestantes, ni judíos, ni masones? Sea. Yo tampoco. Vosotros me sois más bien simpáticos. Y bien, associaos para dar una enseñanza que no sea más que enseñanza. Me tomaréis por profesor. Retengo mi parte.

E. FAGUET

*
* *

¿La ley lo ha dicho todo cuando ha dicho: yo soy la ley? ¿Personifica ella,

por sí misma, la justicia? ¿No tiene que llenar alguna otra condición para justificar su pretensión y para ordenar la obediencia? ¡Pero si cada vez que la injusticia ha querido tomar un nombre respetable, ha tomado la forma de la ley para herir a sus víctimas! ¡Pero si es con la ley en la mano como el vencedor ha proscrito siempre al vencido, y si se tomara tal código de circunstancias, redactado bajo el pretexto de salud pública, se haría brotar de él la sangre como de una esponja!

E. PELLETAN
